

La Busca de la Felicidad

El planteamiento, en la Real Academia de Córdoba, por su director, del problema de la felicidad, al comenzar el año, tan preñado de incognitas, de 1943, acaso no pudo tener, entre las numerosas ocasiones grandes o pequeñas en que la humanidad se ha planteado este problema, mejor escenario en el espacio y en el tiempo.

¿No es Córdoba, tierra de la serenidad, la patria de Séneca, el estoico, la sede de Osio, el gran obispo cristianizador, la cuna de Maimonides reformador del mosaísmo, autor de «La Higiene del Alma», la madre de Averroes el racionalista y de Abenházam el gran historiador de la filosofía, autor del bello tratado de moral estoica titulado «Los caracteres y la conducta»?

No es casual, sino antes al contrario, producto cierto de la antropogeografía, que en las orillas del viejo Betis, en un medio rico y muelle, con claro cielo y deliciosos aromas—es Córdoba una de las ciudades que mejor huelen en el mundo, y por esto yo procuro venir todos los años a Córdoba, a oler, a aspirar el delicioso perfume de sus calles y de sus campos, nos ha dicho el pensador español Ortega y Gasset—, los hombres sean graves, profundos y sentenciosos, y que, como flor exquisita de su espiritualidad, entre sus hijos, en todos los tiempos y civilizaciones, hayan descollado insignes filósofos, no ya de fama universal, sino también ampliamente reformadores del pensamiento ecuménico.

Que esto surge, como se ha dicho con tropismo retórico, del limo sagrado, de una influencia ampliamente mesológica, lo comprueban aquellos que, más que estudiando el fenómeno esotericamente, vienen a la tierra cordobesa, a enfrentarse con sus horizontes, su suelo, su clima. Cuando hace proximamente un decenio, en ese tiempo tan cercano y tan remoto, en que los hombres viajaban, se trasmitían libremente sus impresiones e idearios, había paz y libertad en suma, vino a Córdoba, el profesor de Historia de la Universidad de Roma Sig. Ettore Pais, mostró deseos de visitar también los alrededores de la ciudad para abarcar de una ojeada el panorama, y ya desde un ligero alcor serrano, tendiendo su vista octogenaria por el valle bético declaró: Así había de ser la patria de Séneca.

Fué también por ese tiempo, cuando Rudolf Stammler, el gran alemán historiador de la filosofía del Derecho, igualmente en visita a Córdoba, desde los pies de la sierra, abarcando la ciudad, decía: En mis setenta años largos de vida jamás he sentido una plenitud

igual a la que ahora disfruto. Esta sensación física de bienestar y de plenitud espiritual es la gran base de la serenidad estoica.

Antonios Antoniades, profesor de Historia en la Universidad de Atenas, me declaraba: Vengo de recorrer Europa, con sus sombríos campos dramatizados por el comunismo, y al llegar a las claridades mediterráneas, encuentro que Córdoba es como de diáfanas esencias ambientales...

Estos juicios forasteros, que se podrían repetir hasta la saciedad tienen su equivalente en el propio espíritu de la ciudad y de sus habitantes, contribuyendo a formar el alma de Córdoba, que en el Arte y en la Historia está ya expresivamente definida.

Y, si del espacio, pasamos al tiempo, y aunque todo escritor, historiador o ensayista que haya existido en el mundo, ha creído siempre que su época y al momento en que escribía eran los más críticos de la humanidad, no creo sea también vana pretensión la de suponer que en este primer semestre de 1943, y aún dentro de la crisis histórica que esta espantosa guerra mundial signifique, estos días, en que la guerra hace balance, sean propicios, como ya lo hacen incluso sendas y dilatadas comisiones de especialistas, para buscar a los hombres días mejores y en definitiva más felices, para preocuparse, también una vez más de la busca de la felicidad.

Si, como dice el viejo adagio, no se sabe lo que vale la salud hasta que se pierde, tampoco la felicidad se valora hasta que llegan los negros momentos de la desgracia. Ahora, que tantos millones de seres sufren por la pérdida o incertidumbre de sus afectos corporales, familiares, sociales y patrióticos más queridos; ahora, cuando tantos seres viven la vida infrahumana del refugio, del enloquecedor bombardeo, del hambre, de la desnudez, de la persecución, del fusilamiento, de la pérdida de la familia entera, de la patria invadida y deshecha, y de tantas otras espantosas desgracias, es cuando más se acuerda el hombre de la felicidad y se propone buscarla y gozarla el anhelado mañana.

Esta angustia por la busca de la felicidad, en estos tiempos, es acaso más grave si del sentimiento instintivo de procurarse la felicidad, se pasa a la lectura de los tratadistas de la cuestión contemporáneos. Las sombras del mañana, ¿adonde vamos?, las masas se rebelan, el comunismo criminal se organiza y extiende y alcanza sectores sociales y religiosos insospechados, etc., etc.

Cuando tantos millones de seres viven hoy, como el conejo en el monte, temeroso de que la astuta garduña, el lazo traidor o el escopetazo certero terminen con su existencia de un momento a otro,

con todas las incidencias a que la conservación de este fundamental instinto da motivo, es lógico, repetimos una vez más, que la felicidad sea añorada más fuertemente que nunca.

El planteador del tema en esta ocasión, después de pasar revista en tono de Academia menor, a las que podríamos llamar opiniones clásicas sobre el tema, concluía en un cuadro de felicidad burguesa: hogar confortable, bienestar económico, dulce compañera, hijos sanos y estudiosos(1). Y el cónclave académico, siguió durante varias sesiones, todavía los sentidos vibrantes de los horrores de la guerra civil española, exponiendo sus puntos de vista. Cual la felicidad cristiana, otro la moral virtuosa...

Esta descripción de factores de la felicidad, que, con un criterio pedagógico habría que agrupar inmeditamente en intrínsecos y extrínsecos, o bien higiénicos, económicos, políticos, sociales, etc., (2) conduce por todas las vías a la descripción de las felicidades profesionales, que todas son muy relativas, y muchas veces de signo contrario.

La felicidad del anacoreta, hambriento, semidesnudo, autoflagelado, sin hogar, familia ni sociedad, es la negación de los que se nos antojan factores de felicidad más elementales, en el sentido burgués; y, sin embargo habrá que conceder que hay anacoretas felices, o, al menos, que tienen su especial concepto de una felicidad que buscan por tan mortificante camino. La felicidad del guerrero, matando enemigos y asolando países, o sea sembrando la infelicidad de otros, es también otra felicidad profesional. La felicidad del hogar confortable y la compañera dulce será acaso la felicidad profesional del hombre casado, pero no la del niño, ni del anciano, ni del célibe, que serán felices por otros caminos, o sea utilizando otros factores.

El pillete y el indigente son felices en el arroyo, y cuando una persona o institución caritativa los recoge y les proporciona buen

(1) No deja de ser curioso, entre otros numerosos casos, que fué también en una Academia provinciana, la de Lyon, donde el que más tarde había de ser el gran Napoleón, disertó en una Memoria sobre el tema de la felicidad, pintando el cuadro felicidad «pequeño burguesa», como cuenta el Conde de les Cases en el **Memorial de Santa Helena**

(2) Casi todos los autores que se enfrentan con el problema de la felicidad, pasan revista a los diversos factores que parecen integrarla y los van desmenuzando analíticamente, como hace, por ejemplo Bertrand Russell, en **La Conquista de la Felicidad**, al igual que vienen haciendo todos los tratadistas del asunto desde la más remota época, como Séneca y otros.

No deja de ser curiosa la insistencia con que antiguos y modernos estudian el placer y la envidia como factores, positivos o negativos, de estados de felicidad.

lecho, comida abundante y sana, ropas limpias, terminan por huir en busca de su felicidad profesional. Es indudable que existe el tipo del criminal feliz, y de la prostituta feliz, y de otros muchos seres felices, aunque sumidos en ambientes abyectos a la luz moral.

¿Que es, pues, la felicidad? (1)

Los sábios, los filósofos, cuando han considerado el concepto, lo han visto también a su manera profesional (2). Un alma inteligente y cuidada, espíritu sereno y ecuánime, incluso adopción de una postura espiritual estudiada, estoica, cínica, esceptica o de cualquier otro marchamo filosófico, religioso o ético. Pero ésto, ya lo decimos, es también una felicidad profesional. Empieza por suponer egoístamente que solo el sabio, el sofo, es capaz de comprender y gozar ese estado superior que sería la felicidad, la beatitud, el nirvana. El resto de la humanidad no sabia, el hombre gregario, no sería capaz de ser feliz. Y caeríamos en el viejo error patristico de discutir si las mujeres, por ejemplo, tienen inteligencia. O sea, que se negaría a grandes sectores de la humanidad (mujeres, niños, ancianos, desvalidos, míseros, etc.) el derecho a ser felices, por el hecho de no haber estudiado eruditamente en qué consiste la felicidad.

Nosotros plantearíamos la cuestión en el terreno biológico, y no en el metafísico. La Metafísica es el residuo ignorante de la Ciencia, especialmente de la Psicología. Los hombres sabios se han conformado con vanos juegos de palabras que, por otra parte son atisbos geniales de verdades científicas, para pretender explicar hechos psicológicos. Y esta misma ciencia, la Psicología, nacida hace poco en cuanto ciencia positiva o experimental, en cuanto verdadera ciencia biológica, soltando el lastre metafísico con el que también se nutrió durante muchos siglos, es una ciencia de ayer mismo, mejor diríamos de hoy por la mañana, está en sus inicios, apenas empieza a balbucear, es la navecilla que vé el naufrago allá en el confín del horizonte, agarrado todavía al madero metafísico, único asidero cierto que hoy posee.

(1) De las muchas definiciones de la felicidad dadas por filósofos, tratadistas, literatos, etc., brilla con pureza centelleante la del padre Séneca: la vida feliz es la que está conforme con su naturaleza. (De vita beata. «Sobre la felicidad.» Versión y comentario de J. Marias, Madrid, 1943) Al menos para nosotros, que esbozamos un concepto biológico de la felicidad, es una definición de concepto absoluto, sin caer en los particularismos que llamamos felicidades profesionales.

(2) A tal extremo se entendió esto en la antigüedad clásica y en muchos de sus comentaristas posteriores que se llegó a afirmar por ciertas escuelas filosóficas que la Filosofía es la ciencia de la felicidad, que la meta del saber es la felicidad, etc.

Un ejemplo más claro del planteamiento de la cuestión lo tendríamos haciendo un paragón con la Medicina. Siglos y siglos se han pasado los médicos derrochando papel y elocuencia para explicar la etiología de las enfermedades, antes del descubrimiento de los microbios. Con cuanta curiosidad histórica nos asomamos hoy a los viejos textos médicos, para exhumar las teorías etiogénicas de las infecciones. La concisión con que hoy se dice, por ejemplo: la tuberculosis está producida por el bacilo de Koch, que tiene tales caracteres y produce tales toxinas y posee determinadas reacciones antigénicas, etc. etc. En cambio, cuanta vana disgresión antes de llegar a esta verdad. Concluiríamos en que antes del descubrimiento de los microbios, o de las hormonas, de las vitaminas, etc., la Medicina pisaba un terreno metafísico. Hoy la domina un criterio biológico(1).

Días llegarán en que la Psicología, habiendo estudiado histológicamente la anatomía de los centros nerviosos, su fisiologismo, las reacciones neuro-homoraes a que vienen sometidos, sus alteraciones patológicas en fin, podrá especificar la índole de sus manifestaciones expresivas, que hoy interpretamos dentro del carácter, la inteligencia, la conducta, etc. Los filósofos clásicos hallaban, por ejemplo, que una felicidad ortodoxa solo es posible en un hombre virtuoso, y que la virtud es prerrogativa del hombre fuerte y sereno, contrariamente al débil de carácter, al indolente, que se deja llevar por el placer, por influjos extraños, o por otras causas que lo desvían constantemente del recto camino. Pero la fortaleza de espíritu entra en los caracteres que los fisiólogos definen como sexuales secundarios, y ya estamos dentro de un terreno puramente biológico, que incluso de una manera experimental podemos alterar poniendo en juego los múltiples factores que hoy conocemos como componentes clásicos de aquella función, y aún de otros muchos que los tiempo venideros descubrirían (2).

Llegaríamos a la conclusión apuntada de que siendo la Biología el estudio del ser vivo, todo lo que sucede al hombre en cuanto ser vivo es biológico. no ya solo estudiado individualmente, sino corporativamente o en sociedad. Cuando los biólogos estudian las hormi-

(1) Con un criterio tradicionalista, este planteamiento de la cuestión, supongo, que por algunos, será calificado desdeñosamente de materialismo, de positivismo, etc. Recuerdo que la teoría acaba, cuando empieza el hecho, o la demostración experimental del fenómeno.

(2) La filosofía clásica está llena de discursos sobre la diferenciación entre la felicidad y el placer. El placer es un goce corporal, un disfrute orgiástico de los sentidos (comer, amar, viajar, conversar, etc.) que carece del elemento ético que proporciona el goce anímico, fundamento de la felicidad.

gas, los microbios o los elefantes, pongamos por caso, estudian el individuo en su anatomía, en su fisiología normal o en su alteración morbosa, pero siguen después estudiando sus relaciones de grupo, sus costumbres, sus colonias, sus enjambres, sus emigraciones, etc.(1)

La complejidad de la vida espiritual del hombre hace que cualquiera de estos instintos o acciones primarias se diversifique en múltiples factores, de cuyo hecho se vale la Psicología experimental; como es sabido, para estudiar en el animal el factor pristino que en el hombre habrá alcanzado una exhuberante decoración.

Planteamos, por tanto, un concepto biológico de la felicidad, igual a todos los hombres, acaso igual a todos los animales, que sólo variará en complejidad y ritmo, pero que en esencia es único. Creemos que, desde este punto de vista, la felicidad es un estado espiritual comparable a la salud física en lo corporal. Podríamos llamar a la felicidad la salud del alma.

Cuando la higiene o la medicina estudian el concepto de salud física o corporal, asoman múltiples definiciones o conceptos. Pero, el concepto en el cual todos coinciden es aquél que supone que un estado perfecto de salud no existe, y que el ser más sano que suponemos siempre está en lucha con los múltiples factores, externos o internos, que lo empujan o desvían de su fisiologismo, y contra cuyos factores, las reacciones biológicas se esfuerzan continuamente por devolverlo a la integridad. La salud física, por consiguiente, es el esfuerzo constante del organismo vivo por mantener su integridad fisiológica.

Paralelamente, la felicidad sería un continuo batallar contra todos los elementos que vienen a batir la integridad anímica. Si la Medicina sostiene que una salud perfecta no existe, deduciríamos que una felicidad perfecta tampoco existe; porque cuando se cree aprisio-

(1) Tanto los antiguos filósofos, que negaban la existencia del alma en los animales, a los cuales consideraban como los vegetales o las piedras, cuanto los principios religiosos que considerando el alma una concesión divina ponen precisamente en ella la diferencia con el animal, niegan todos, por consiguiente, la existencia de la felicidad en el animal. Sin embargo, y respetando todo principio dogmático, desde un punto de vista científico, la vieja afirmación de que los animales desconocen el temor, la tristeza, la alegría, etc., para deducir de ello que carecen de alma, es tan pueril, que no vale la pena de rebatirla. Cualquier modesto manual de Psicología experimental, o comparada, revela hoy muchos hechos aclaratorios del problema. V. entre otros muchos la traducción española de W. T. Katz, **Animales y Hombres**, Madrid, 1943; la de Hans Wohlbald, **La Vida Social de los Animales**, Barcelona, 1943; entre otros muchos del mismo carácter. Como publicación periódica notable el **Zeitschrift für Tierpsychologie**.

nar un estado de felicidad, enseguida lo sustituimos por una imagen, un anhelo, un deseo de superioridad, que nos arrebatara la beatitud conseguida.

Los contemplativos orientales, de tan viva imaginación, fueron los que determinaron, hace muchos siglos, que la felicidad es la limitación, aún para muchos, la renunciación. Pero, la creencia de que la felicidad es limitación, rompe la pureza del concepto. Podrá ser una norma de contentamiento, pero no es la misma felicidad. El cojo que deambula gracias a su pata de palo, el traqueotomizado que respira por una cánula, o el tuberculoso que hace la contenida vida sanatorial, o los mil ejemplos análogos, han limitado su vida, pero no les podemos llamar sanos. Tampoco podemos llamar felices, en sentido abstracto, a los que limitan sus aspiraciones mentales (1).

Este fué el gran valor que para el mundo antiguo tuvo la moral estoica. Significó una norma de conducta, no al estilo cínico del encogimiento de hombros, ni del «a mí que me importa», sino un fortalecimiento de espíritu que permite soportar la desgracia, el dolor y todos los términos generales de infelicidad, con arreglo a la conocida fórmula **sustine et abstine**, soporta y renuncia.

Pero ¿es esto la felicidad? Cuando un dolor físico atenaza las entrañas y se soporta con gran entereza, sin exhalar una queja, ni, aún manifestar siquiera que se padece, ¿diremos, por esto que el individuo está sano?

Igual acontece ante todas las normas de conducta, semejables en esto a las drogas heroicas, que sumergen al individuo en paraísos artificiales de felicidad.

La felicidad o salud del alma, que constantemente oscila, según el viejo simulacro higiénico relativo a la salud corporal entre dos paralelas

(1) Es conocida la fábula india de «La camisa de la felicidad». Un príncipe del remoto Oriente es aconsejado por su corte de sabios que, para curar sus penas, debe buscar al hombre que tenga puesta «la camisa de la felicidad». Desesperados los emisarios reales en sus búsquedas por los confines del mundo, vuelven desalentados, porque toda persona a quien desearon comprar la camisa a juzgar por sus síntomas externos de felicidad, terminaba por declarar que su felicidad, no era completa. Un día, al fin, el propio príncipe, en una cacería, encuentra en humilde choza del bosque a un anciano solitario. El soberano le pide un sorbo de agua y apenas entabla conversación, el solitario afirma que es un hombre feliz. «Véndeme tu camisa por todo el oro que quieras», pide el príncipe. «Señor, contesta el anciano, yo no tengo camisa». La moraleja de la fábula consiste en desposeer a toda clase de bienes materiales, sea el poderío de un rey o la humilde camisa de un campesino, de influjo alguno sobre la posesión de la felicidad, pero encierra también claramente el problema de la limitación, de tan pura raigambre oriental.

o límites, traspasados los cuales sobreviene la enfermedad, o en este caso la desgracia o infelicidad, carece de una tónica constante, y su nivel apreciable depende de las exigencias individuales.

Habremos de recordar que la felicidad se apoya sobre un gran cimiento de subjetividad. Las felicidades profesionales que más arriba evocábamos lo demuestran paladinamente, y hacen para unos seres inconcebible la felicidad de otros. La felicidad de la mujer casada, de la madre, del sabio, del político, y de tantas otras edades y estados de la vida, tan variables a cada momento, reducen siempre cada estado de felicidad a un encasillamiento de felicidad profesional.

El anhelo de felicidad, que nos hace despreciar un estado de felicidad ya logrado, por otro superior (1), acaso arranca, como la misma salud corporal, de un oscuro sentimiento material, porque, como ella, no tiene tampoco un grado fijo, sino que es variable para cada ser, en amplísimo grado.

La salud de la infancia es más precaria que la de la niñez; esta más débil que en la pubertad; alcanza por fin su grado máximo en la edad madura. También la felicidad, siempre que se ha estudiado en abstracto, se ha considerado en su grado máximo, añadiéndole todos los ingredientes en dosis masiva, por ejemplo: hombre, sano, fuerte, rico, inteligente, sabio, de grandes ampulosidades espirituales, etc., etc. Y ello, no serviría, sino para trazar, en relación con la vida, la curva de la felicidad, como se traza el caudal de vida aproximada en una estadística de compañía de seguros. Pero, en definitiva, todos los seres humanos, sean cuales fueren sus condiciones, edad, salud, bienestar económico, incidencia amorosa, etc., etc., tienen su caudal de felicidad, como tienen su caudal de salud, que aprovechan más o menos según los recursos con que cada cual explota su propia vida.

Antes hemos hablado de un oscuro sentimiento material que anhela siempre un estado de perfección más avanzada, tanto en la salud corporal como en la felicidad. Se ha hablado del «instinto de la felicidad». El instinto de conservación, de defensa y mejora de la propia vida, encuentra aquí una vez más a su paralelo en lo espiritual. Como otros instintos, como otros oscuros sentimientos o avisos

(1) En su «**Teoría de la Felicidad**», inscrita en el tomo I de **El Espectador**, Ortega y Gasset dice: la felicidad consiste en encontrar algo que nos satisfaga completamente. Viene a ser como una continua ocupación, que nos hace «estar fuera de sí». Como buen filósofo, plantea el problema: «en este sublime asunto de la felicidad, decídme, ¿hay otro por ventura más importante?» El anhelo de felicidad para este gran maestro español es «un deseo integral y difuso, que emana de nosotros». **Obras de José Ortega y Gasset**, 176 segunda edición, 1936.

interiores que nacen del propio ser, y que aún no sabemos por qué caminos se hacen patentes a la conciencia, acaso arranque de la propia constitución de la materia viva, que es un continuo progreso, un constante devenir. La célula viva, la misma molécula viva, no puede detenerse en su evolución, porque esto es la muerte, sino que constantemente ha de estar verificando sus cambios, y siempre además en sentido progresivo, porque la regresión es la enfermedad o la decrepitud. Acaso nazca de este primario movimiento biológico, el anhelo de superación que en lo físico y en lo espiritual sienten los seres. Así como el hambre, y aún las más delicadas modalidades del apetito, responden a exigencias materiales del organismo, que reclaman sus apetencias químicas desde lo íntimo de los tejidos, acaso el anhelo de perfección, el anhelo de felicidad, nazca también del mismo metabolismo orgánico, y tenga su fundamento en los progresivos cambios moleculares. ¿Dirá la Biología un día, aquí también, lo que la Metafísica solo presupone y atisba?

Por último, como todos los seres vivos, el hombre tiene causas de felicidad colectiva, que se sobreponen a sus propios sentimientos y afecciones personales, e inundan su alma de un goce puro e inefable: explosiones de sentimientos patrióticos, noticias de grandes acontecimientos, que, como la misma felicidad personal, son efímeros. Esta felicidad colectiva, y su antagónico la desgracia colectiva—guerras, invasiones, duelos nacionales, etc.,—tiene su paralelo sanitario y biológico con los estados epidémicos, que alcanzan a gran número de seres, mordiendo en su integridad fisiológica, en nuestro caso, anímica.

Las epidemias de felicidad, como las sanitarias, tienen también con relación a los pueblos, una curva cronológica parecida a la que tiene la salud física con la edad del individuo, que más atrás comentaba. En pueblos infantiles (tribus salvajes, p. ej.) es de gran incertidumbre e indecisión la felicidad colectiva, y conforme avanza la edad de la humanidad se va haciendo más estable y reconocible.

La desigualdad de cultura de los pueblos que cubren el planeta mantiene a muchos en estado de infantilismo (pueblos atrasados, negros, parías, etc.) y, por consiguiente, sus posibles estados de felicidad, sus «epidemias de felicidad», son precarios y estrictos, pero en culturas avanzadas estos estados de felicidad pueden ser más constantes o duraderos, y la edad biológica de estos pueblos habría que medirla por el estado de su cultura, y aún por el tipo medio de su desarrollo mental.

Nos plantearíamos el problema de señalar la edad que tiene ahora la humanidad, el tipo medio de humanidad culta, lo que podríamos llamar la cultura europea por antonomasia, comparándola con la edad del hombre, para deducir de esta edad en que la humanidad se encuentre, las posibilidades o límites de felicidad colectiva.

Literariamente el problema se ha planteado muchas veces, y con la propensión al pesimismo de muchos literatos, especialmente de los que llegan a deducciones políticas sobre el porvenir de los pueblos, casi todos hablan de una humanidad decrepita y senil, que siempre viene cayendo en los errores y torpezas característicos de la ancianidad.

Si esto fuera así, el porvenir de la humanidad sería sombrío, y los siglos o milenios que le quedaran de existencia tendrían ya la tara de senilidad, y harían poco presumibles los estados de felicidad colectiva en el porvenir.

Muy al contrario, suponemos que la Humanidad está ahora saliendo de la adolescencia. Precisamente el fenómeno que en estos años tenemos más palpitante delante de los ojos, la guerra, es la prueba más confirmatoria. La guerra es un producto de juventud, es el resultado de aquella edad heroica en que el hombre se lanza impetuosa y ardorosamente, víctima fisiológica de sus increciones sexuales, o más bien dicho, de su sexualidad indeterminada e indecisa, se lanza sobre sus semejantes, como los machos en la selva, en los primeros anuncios primaverales, por un bestial instinto de selección natural. (1)

La guerra es un signo claro de juventud en la Humanidad. El esplendor clásico de Grecia y Roma, los estallidos filosóficos del espíritu, el planteamiento de los grandes problemas científicos, todo lo que caracteriza la edad clásica, es una viva pintura de lo que hoy mismo son las juventudes universitarias, con sus violentos deportes, sus bromas semiespirituales semibárbaras, sus eclosiones intelectuales enérgicas y vibrantes como una llamarada. La Edad Clásica es la edad púber de la humanidad.

¿Y los dos mil años transcurridos, cuanto han envejecido a la humanidad? Bien poco. Apesar de la viveza con que la vida se quema en esa edad del hombre, apesar de las grandes crisis espirituales, religiosas, políticas, etc., que tan densamente llenan la vida de la humanidad en los dos últimos milenios, acaso la edad de la humanidad

(1) Los tratadistas de psicosexualismo estudian la influencia gonadal en las actividades humanas, trabajo, estudio, arte, etc. No podían escapar actividades tan vitales como la guerra y sus paralelos pacíficos la política y el deporte. Sobre la biología de la guerra escribimos un modesto ensayo.

solo haya avanzado lo equivalente a cinco o seis años en la vida de un hombre. La crisis histórica que la humanidad viene sufriendo en nuestros días, acaso sea comparable a la crisis vital que el hombre sufre alrededor de los veintiseis años. La Humanidad está todavía muy lejos de los treinta años, aún carece de reflexión ni madurez. La felicidad burguesa que el hombre siente y busca entre los treinta y cuarenta años, la humanidad aún todavía no la alcanza, y acaso ni aún la presiente. El estado crítico del hombre que está al terminar la carrera, o que finaliza un aprendizaje, y va sintiendo que la obra propia está próxima a la madurez, y que deberá buscar una casa, y hacer un hogar, y tener una compañera y procrear hijos, es seguramente la edad que la humanidad hoy tiene.

Se advierte en el mundo vagamente que la edad de las tonterías, de las irreflexiones y de las jaranas debe pasar, y hay que «sentar la cabeza», aunque todavía la cabeza no esté sentada y se cometan aún muchos actos irreflexivos de juventud.

Si esto es así, los estados de felicidad colectiva de la humanidad han de ser forzosamente precarios en nuestros tiempos. Tengamos fe en que la humanidad «siente la cabeza» y tranquila y ordenadamente, como un buen burgués que todos los días va a la oficina y todos los meses cobra su paga, sin grandes alteraciones ni ruidos, salvo los inevitables en el deslizar de la vida, del hijo que nace, el padre anciano que muere, o la tormenta que asola la comarca, u otros análogos, ve deslizarse confiadamente los días más serenos, gozosos y fructíferos de su existencia.

En la busca de la felicidad integral los factores externos, que en conjunto son los determinantes de la felicidad colectiva, están llamados a ser corregidos o superados en el porvenir de la humanidad. Siempre quedarán subsistentes y amenazadores los factores internos de felicidad, que el hombre procura resolver con sus estados de «felicidad profesional», que siempre tienen como un lejano ideal o suspirada meta, ese vago «anhelo de felicidad» que nos alienta y sostiene en el sendero de la vida, de raíz fisiológica psicosexual, y que constituyen el recóndito tesoro más querido y celosamente guardado que todos llevamos en lo íntimo de nuestra personalidad.

Córdoba,
Primavera de 1943

Rafael Castejón